

IV. ESQUEMA CONCEPTUAL PARA EL ANÁLISIS DE LA CULTURA SEXUAL

Johnny Madrigal Pana

El surgimiento del Construccinismo Social

La teoría del construccionismo social es reciente. Su origen se da en la década de los setentas y guarda una estrecha relación con el cuestionamiento a las "normas" que por mucho tiempo rigieron la conducta sexual de Occidente. Carol Vance, en su artículo "Anthropology Rediscovered Sexuality: A Theoretical Comment" ofrece una explicación sobre el aporte de algunas ramas del conocimiento al construccionismo social (Vance, 1991).

La escuela feminista, por ejemplo, empieza a hacer aportes importantes a partir de 1975, con los estudios sobre la dicotomía sexo-género. En 1975, Gayle Rubin propone el término "sexo-sistema de género" en su ensayo "Traffic in Women". Con ello describe los arreglos sociales para transformar la sexualidad biológica en actividades humanas. En una obra posterior, en 1984, rediseña su propuesta, exponiendo sexo y sistema de género como dos sistemas separados que requieren marcos explicativos distintos. Ello sin menoscabo del hecho que están ambos relacionados entre sí. Del estudio de la construcción del sistema de género se comprende el papel de subordinación de la mujer en las sociedades y se cuestiona la noción de lo que es "natural" (Vance, 1991). De esta manera, se atacó el determinismo biológico que asumía a los roles como una consecuencia de las diferencias sexuales naturales y se consideró necesaria la introducción de la cultura en los análisis de las diferencias entre los sexos.

La investigación que se desarrolló sobre la sexualidad, principalmente del homosexualismo, en Europa y América en el siglo XIX, también produjo aportes importantes (Vance, 1991). Una de las contribuciones mayores fue la de Michell Foucault y Jeffrey Weeks quienes cuestionaron la existencia de la "homosexualidad" antes del siglo XIX y postularon que ésta ha sido una construcción histórica-cultural. Según Weeks, una cosa son los actos homosexuales y otra la conciencia de que éstos actos tengan una relación con una identidad. Únicamente hasta que la psiquiatría moderna, en el siglo XIX, empezó a hacer distinciones entre actos sexuales y conductas es que podemos hablar de que los practicantes de la "sodomía" fueron lentamente encasillados en la categoría moderna del "homosexual" (Weeks, 1979).

Estos hallazgos comenzaron a tomarse en consideración hasta mediados de los setentas, cuando empieza una fuerte revisión de fuentes biográficas, hasta entonces escondidas, de personajes gay y lésbicos. Ante el desconocimiento del tema fueron abundantes los cuestionamientos que surgieron: ¿han existido siempre las categorías homosexual y lesbiana?, y si no, ¿cuáles fueron sus puntos de origen y condiciones para su desarrollo? Si los actos físicos idénticos tienen significados subjetivos diferentes, ¿cómo se construyó el significado sexual?, ¿cómo se forman las sub culturas? (Vance, 1991).

Los investigadores reconocen así la contribución de la cultura a la formación de categorías sexuales fijas (heterosexuales, homosexuales y bisexuales, por ejemplo). Esto se hizo profundizando en el estudio del papel de la práctica y su relación con la cultura sexual en períodos históricos diferentes. (Weeks, 1979). Del análisis histórico se aprendió, por ejemplo, que los griegos no dividían a la gente entre heterosexuales u homosexuales y que el sentido moderno de orientación sexual era totalmente ajeno a su cultura. En esta civilización, las personas eran activas o pasivas y un hombre era tal mientras fungiera como penetrador en sus relaciones con mujeres, esclavos o amantes masculinos.

Las deducciones obtenidas dieron base para afirmar que hombres y mujeres no nacen con instintos para ser acreedores a una determinada sexualidad, sino que mas bien responden a la orientación sexual, llámese homosexual o lésbica, por aprendizaje. Es decir, que la cultura sexual donde se desarrollan los individuos promueve la construcción de las sexualidades (Weeks, 1979). En el caso de los griegos, la cultura permitía una práctica homosexual, bajo ciertas condiciones, sin que ésta determinara la identidad de las personas, ni se les reprimiera por ello.

Del estudio del comportamiento sexual homosexual en la historia se dedujo que las relaciones sexuales no pueden ser tomadas como la única evidencia de una identidad gay o lésbica, sino que depende también del significado de tales actos para la gente que participa en ellos, dada la cultura y la época en que vivieron. Se establece, por lo tanto, la diferencia entre el comportamiento homosexual, que es universal, y la identidad homosexual, que es vista como una construcción que depende del momento histórico y de la cultura sexual en que se desarrolle. Si bien es cierto que estos estudios contribuyeron al conocimiento de la formación de la identidad homosexual, es claro que también empezó a aclarar la formación de la identidad heterosexual (Vance, 1991).

Por otra parte, en esta misma época, el construccionismo aprovecha el incremento del interés por regular la sexualidad mediante las políticas públicas y legislativas. Debido a que el Estado incrementó su intervención con el fin de "mejorar la salud" del pueblo, los médicos y los científicos entrarían en el sector privilegiado de los que regulan la moralidad, hasta la fecha monopolizada por políticos y clérigos. En el caso del "descubrimiento" de la patología sexual, los psiquiatras obtendrían un enorme poder por su prerrogativa de dictaminar ante las cortes, los "enfermos" de los sanos. Al ser la sexualidad un terreno simbólico en el que grupos diferentes pretenden desarrollar sus programas, alterar ideologías y propiciar arreglos, el construccionismo se preocupa por explicar cómo tales luchas forman parte de una mayor: la lucha política para definir la sexualidad (Vance, 1991). De ahí que la sexualidad no solo se concibió como un proceso que se construye, sino como un sistema de poder y de lucha.

Los principios básicos

La literatura que se enmarca como construccionista es vasta y los principios básicos de la teoría son concebidos o aceptados de manera diferente. No obstante, es posible analizar algunos puntos de convergencia.

Los construccionistas sociales concuerdan, en primera instancia, en que el ejercicio de la sexualidad no es una función natural, sino que está mediatizada por factores históricos y culturales (Vance, 1991). La teoría biológica del instinto, que propone una base principalmente genética para explicar las conductas, es rechazada. Es decir, se ataca la idea de que los instintos determinan formas particulares de comportamiento (el instinto maternal en la mujer, por ejemplo). Esto es así ya que para cada instinto asumido se encontró, principalmente por medio del estudio en otras culturas, mucha evidencia de conductas contrarias a las esperadas (mujeres que voluntariamente no tienen hijos, hombres que muestran características vistas como femeninas en Occidente) (Laumann, Gagnon y Michael, 1994). Otras teorías, como la del impulso o la libido (Lauman, Gagnon y Michael, 1994: p. 7-10) corrieron igual suerte y fue así, que ante muchas de las explicaciones biológicas de la conducta se propuso que la explicación de lo sexual debe hacerse concibiendo un sistema social que transforma, adapta y organiza al individuo en una cultura y período determinado.

Otro aspecto donde se converge es en el que establece que los actos sexuales físicamente idénticos pueden tener significados subjetivos o una significancia social diferente, dependiendo de cómo son definidos y entendidos en diferentes culturas y períodos históricos (Vance, 1991). Para Gagnon, no existen similitudes entre el significado de la conducta sexual entre individuos de distintas eras históricas o de diferentes marcos culturales. En otras palabras, debido a que los actos sexuales no tienen un significado social universal, la relación entre actos sexuales y significados sexuales no es fija (Gagnon, 1984). Los ritos religiosos homosexuales de las religiones paganas no eran vistos como parte de una sexualidad fuera de lo normal. La sodomía en el período medieval era severamente condenada, pero no implicaba una división de la población por orientación sexual. Cualquiera hombre podía incurrir en ella y hacerlo con una mujer, hombre o bestia. Nadie era tachado como "homosexual" antes del siglo XIX por practicarla (Weeks, 1984).

El construccionismo explica, al respecto, que las culturas construyen categorías, esquemas y nombres diferentes para encuadrar las experiencias sexuales y afectivas. Esto, con el objeto de influir en la subjetividad, en el comportamiento individual, en la organización social y en el significado de la experiencia sexual (Vance, 1991).

Para los construccionistas, hasta el mismo placer físico está mediatizado por la cultura. El examen de mamas, por ejemplo, para detectar el cáncer de pecho, o el ginecológico, se practica con técnicas similares a los actos sexuales, pero debido al contexto distinto en que se realiza, no se interpreta como sexualmente placentero. Para muchas niñas premenstruales, por ejemplo, sus senos no tienen mucho de erogenidad. Sin embargo, cuando se dan cuenta que a los muchachos les atraen, empiezan a sentirlos como eróticos. En el caso de los varones, la cultura hace lo contrario. Se sabe que en algunos casos, el pectoral y los pezones también pueden ser muy sensibles al tacto. Sin embargo, algunas culturas consideran esta excitación como poco masculina, lo que hace que muchos hombres tengan miedo o vergüenza de reconocerlo. Las sensaciones provenientes de los denominados órganos sexuales viene también mediatizada tanto por la cultura como por las terminales nerviosas. No existe un órgano con más terminales nerviosas que las manos, pero pocas las consideran como órganos sexuales. Ni siquiera la fantasía sexual es independiente del contexto social. Para tener una fantasía se usan imágenes de personas y situaciones del medio en que vivimos.

Un principio construccionista aún más radical plantea, incluso, que el deseo sexual mismo no es intrínseco, sino que es construido por la cultura y la historia a partir de las energías y capacidades del cuerpo (Vance, 1991). El deseo sexual que se despierta por atributos particulares es un ejemplo. Aspectos de color de la piel, peso, estatura y forma, o la forma de la cara, el color del pelo, el tamaño de los senos, la anchura de las caderas y las piernas, son algunas de las características vinculadas con el deseo sexual en los hombres o en las mujeres. Estas han variado significativamente en la historia y lo que ayer podía mirarse como sexualmente atractivo, hoy podría ser lo opuesto.

Otros construccionistas dan un paso más allá al establecer como principio que la dirección del interés erótico en sí mismo (heterosexualidad, homosexualidad y bisexualidad, como los sexólogos contemporáneos podrían conceptualizarlo), no es inherente o intrínseco al individuo, sino que se construye a partir de posibilidades más amplias (Vance, 1991). Para ellos, las personas no nacen homosexuales o heterosexuales, sino que son producto de las culturas sexuales occidentales que han establecido la importancia del objeto del deseo. En otros tiempos o en otras latitudes, en que no existe esta misma preocupación, se incentivan deseos y conductas opuestas.

Los principios del construccionismo social enunciados son básicos para vincular las culturas sexuales a los discursos que las crean. En este sentido, los discursos sobre el sexo son más importantes que la biología o la anatomía. De ahí que detrás de cada conducta, práctica, deseo, orientación o placer, exista un discurso o varios que lo promueven, fortalecen o rechazan.

Los discursos sobre el sexo

El aprendizaje de la cultura sexual se hace por medio de los discursos sexuales. Como "discurso sobre el sexo" entendemos todas aquellas ideas, principios, nociones, mitos y simbolismos que distintas culturas formulan en distintos espacios y tiempos sobre la sexualidad. Los discursos sobre el sexo están presentes en toda cultura y son el factor predominante para determinarla. Esto significa que el comportamiento sexual específico de un individuo, en una cultura determinada, es el resultado de la asimilación que él mismo hace de los discursos.

Los discursos sobre el sexo se traducen en mensajes. Pueden ser formales, en el sentido de que son promovidos por las instituciones oficiales (generalmente, el Estado), o informales, en el sentido de que son contestatarios y se diseminan utilizando la misma estructura social que los rechaza u otras paralelas (como por ejemplo, universidades, centros de investigación u organizaciones no gubernamentales).

Entre los discursos formales están los que promueve la ciencia -por medio de la medicina, la salud reproductiva, la psiquiatría o la sexología-, la religión -fundamentalistas o no fundamentalistas-, las leyes, los medios de comunicación y el sistema educativo. Entre los informales están los discursos del género -que promueve la creación de las sexualidades masculinas y femeninas con actitudes, comportamientos, deberes y derechos diferentes entre hombres y mujeres-, el del amor romántico y el erótico, entre otros.

Los discursos sobre el sexo también se dan en un plano interpersonal y pueden ser inmediatos, como en la comunicación cara a cara que se establece entre padres e hijos, adultos y jóvenes, educadores y educandos, médico y paciente, sacerdote y feligrés; o mediatizados, como en la escritura, la poesía, la música y los objetos de arte. Se pueden comunicar tanto verbalmente -una frase, por ejemplo- como en forma no verbal -una mirada o un silencio, por ejemplo.

Los discursos no existen en el vacío ni tienen una mente propia. Si todos decidiéramos no levantarnos de la cama por un día, no habrían discursos. Para que se materialicen necesitan que los ejerzamos todos los días. Esta implementación de los discursos es lo que conocemos como “prácticas discursivas”. Por ello entendemos la traducción en acciones de los discursos. Las prácticas discursivas incluyen desde el color de ropa que le escogemos al bebé para diferenciarlo sexualmente hasta el abuso sexual en contra de las mujeres.

Es por medio de las prácticas discursivas que los discursos cambian y son transformados. También por sus contradicciones, las resistencias y discursos alternativos. En capítulos posteriores presentaremos cómo se da esta transformación.

Los discursos sobre el sexo poseen una serie de características. A continuación se mencionan algunas de ellas.

1. Son socialmente normativos. Los discursos aspiran a definir lo que constituye la sexualidad, dar una explicación acerca de su significado, regular el contexto en que se manifiesta y prescribir el por qué, para qué, cómo, con quién, dónde y el cuándo de las relaciones sexuales. Brindan las explicaciones y el sentido de la sexualidad y su relación con las otras esferas de la vida social. Algunos pretenden dar explicaciones más completas que otros con respecto a la finalidad de la sexualidad. En el caso de los discursos religiosos, por ejemplo, los fines han sido establecidos por un Dios. En el del género, es la Naturaleza o la biología a quien se responsabiliza por las diferentes sexualidades de hombres y mujeres.
2. Son coercitivos. Los discursos desincentivan, prohíben y censuran todo lo que no rime con sus fines, principios y normas. Las penas por romper con las normas pueden variar desde la muerte, la condena eterna, el ostracismo social o hasta una simple desaprobación. Sin embargo, la rebeldía es desincentivada. Algunos discursos tienen mecanismos imponentes de control y vigilancia, mientras que otros dependen más de mecanismos sutiles como el cariño y la aceptación. No obstante, algún precio se paga por no cumplir con los preceptos. Los mecanismos más sutiles de coerción son los que se internalizan y se convierten en parte de la psique de los individuos.
3. Son a veces dependientes y a veces mutuamente excluyentes. Los discursos dependen de una ideología y de una visión del mundo que va más allá de lo sexual. Forman parte de una filosofía de la vida que mira la sexualidad como un elemento de un todo. En el caso de los discursos cristianos, por ejemplo, existe toda una concepción del significado de la vida y la muerte que hace de la sexualidad una parte integral de éste. Los discursos del género pertenecen a un sistema de dominación patriarcal que explota a las mujeres no solo en el

campo de la sexualidad. La ciencia promueve distintos discursos de acuerdo con su concepción de la personalidad del individuo o de la sociedad ideal. Los discursos también se traslapan entre sí. Esto significa que un tema específico puede ser abordado por diferentes discursos, ya sea de forma contradictoria o complementaria. Los discursos cristianos, por ejemplo, pueden sostener que la mujer debe dedicarse al hogar y lo mismo, por distintas razones, mantienen los discursos románticos de las telenovelas. En este caso, ambos se complementan. Sin embargo, en el caso de la sexualidad, los discursos románticos contradicen a los religiosos al aceptar los sacrificios que pueden hacerse por la pasión amorosa.

4. Pueden ser discontinuos. Esto significa que no existe necesariamente una unión natural de las partes que conforman el todo (el ejercicio de la sexualidad). Los discursos no son todos integrados, sino que a veces son una serie de segmentos discontinuos que promueven comportamientos, actitudes, creencias y valores en diferentes áreas o temas. Los discursos sobre el sexo que promueve la ciencia, por ejemplo, surgen de distintas disciplinas como la medicina, la demografía, la psiquiatría, la sociología, la sexología, y otras más. Cada una de ellas aporta sus visiones particulares. En la demografía, por ejemplo, se abarcan los temas de la edad a la que ocurre la primera relación, el uso de anticonceptivos, la fecundidad y el crecimiento de la población. En la sexología, la comunicación sexual, el goce sexual y el orgasmo. En la medicina, la lactancia materna, las ETSs, aspectos relacionados con morbilidad y mortalidad. Cada uno de estos temas se pueden tratar con independencia de los demás.
5. Son exhaustivos. Aunque pareciera contradictorio con el anterior, en los discursos es tan importante los mensajes diseminados explícitamente, como los que se diseminan implícitamente. En otras palabras, en los discursos es tan importante lo que se dice como lo que no se dice, debido a que la parte que no pertenece al discurso moldea nuestra experiencia en forma tan crítica e importante como la que sí lo hace. En el discurso cristiano sobre la sexualidad, se prohíbe más de lo que se aprueba. Lo que es la sexualidad cristiana se infiere con base en lo que no se ha prohibido. En el del género, ser hombre se determina menos por lo que se dice que por lo que se infiere acerca de qué es ser su opuesto: una mujer.
6. Son dinámicos. Se transforman en el tiempo y en el espacio. Un mismo discurso se desarrolla en forma distinta en lugares diferentes. Los discursos del género, por ejemplo, adquieren distintas formas en las zonas urbanas o en las zonas rurales y también en distintas clases sociales y generacionales. El tiempo tiene un gran efecto en transformar los discursos. El cristianismo ha variado mucho durante sus dos mil años de historia. La visión de la abstinencia sexual como la norma para los cristianos primitivos, fue dando lugar a una actitud menos hostil hacia la sexualidad en siglos posteriores.
7. Evolucionan. Se puede decir que los discursos nacen, crecen, se fortalecen, se debilitan y mueren. En algunos casos, se puede determinar el nacimiento de los discursos con más precisión que otros. En el caso del cristianismo, se calcula que la religión nació hace unos dos mil años atrás. En el caso de los discursos románticos, sus orígenes son menos exactos,

pero se cree que fue por el siglo XII cuando se iniciaron en Europa las historias de caballería. Existe mucha controversia acerca de los orígenes del patriarcado y si la historia de Occidente ha sido siempre caracterizada por un dominio de los hombres, o si han habido períodos de dominio matriarcal. Sin embargo, existe evidencia de que los discursos tienen sus períodos de auge y de declive. Esto no sucede en un período de tiempo corto y tampoco se puede precisar cuántos años o siglos pueden durar determinados discursos. Pero muchos factores pueden intervenir para fortalecer o debilitar a los discursos. Los discursos cristianos sobre la sexualidad eran más fuertes cuando las sociedades europeas estaban bajo el Papado que en los tiempos actuales de secularización. Los discursos del género parecen debilitarse en los lugares en que la industrialización ha integrado a las mujeres al mercado del trabajo y ha ofrecido así mayor independencia económica. El fundamentalismo parece fortalecerse en períodos de gran incertidumbre y pauperización económica. En diversos países latinoamericanos, por ejemplo, los discursos médicos crecieron a partir del establecimiento de los sistemas nacionales de salud. Los discursos también se debilitan, y es de esperar que mueran. La cultura sexual y los discursos sobre el amor entre mentores y jóvenes de la Grecia Clásica no está ya con nosotros. El surgimiento de discursos sexuales sobre la igualdad de derechos y deberes entre hombres y mujeres, que promueve el feminismo, intenta terminar con el del género. El pensamiento secular humanista ha descartado la visión cristiana de la sexualidad, entre otras, y tiene como objetivo algún día reemplazarla.

8. No son neutrales. Los discursos están de la mano con los dominadores o con los subyugados y nunca están libres del ejercicio del poder. Con cada parte de un discurso que se promueve, se establece una relación de saber y de poder. Los miembros de la sociedad, por su parte, ejercen el poder cuando asimilan y replican los discursos. Unos tendrán más que ganar de los discursos que otros, pero, sin embargo, ninguno está desposeído totalmente de ejercer poder o de la resistencia.
9. Crean resistencias. Como lo sostiene Foucault, "cuando se ejerce el poder, existe la resistencia" (Foucault, 1991). Los discursos al ejercer el poder crean las posibilidades de resistencia y nunca estamos del todo "atrapados" por el poder, sin posibilidades de modificarlo. De ahí que los discursos estarán siempre "cuestionados" y socavados por la resistencia de los que menos se benefician de ellos.

Discursos y prevención

El comportamiento sexual está mediatizado por los discursos sobre el sexo y estos discursos, a su vez, si son percibidos como significativos para regular lo que es lícito o ilícito, admisible o inadmisibles, acierto o pecado, funcionan como base para fomentar conocimientos, creencias, actitudes, valores y comportamientos que contribuirían, eventualmente, a la diseminación de la epidemia del SIDA.

Un ejemplo claro es el papel del género en América Latina. Este discurso promueve y fomenta dos mentalidades diferentes, que permiten continuar con la subordinación de la mujer. Y esta relación de subordinación se manifiesta, entre otros, en el área sexual. Como resultado, el hombre es

incentivado, entre otras muchas cosas, a tener múltiples experiencias sexuales. No es de extrañar entonces que el riesgo de infección con el VIH de muchas mujeres, principalmente casadas, esté determinado más por el comportamiento sexual de su compañero, que por su propia iniciativa.

Por otra parte, la prevención depende de los discursos. La recomendación del uso del condón como medio de disminuir el riesgo de infección con el VIH es una proposición establecida por la ciencia para prevenir la epidemia. No obstante, la Iglesia Católica la rechaza y recomienda la fidelidad como estrategia. Los discursos del género también proveen obstáculos para la prevención. La prevención en el campo de la salud, por ejemplo, siempre se ha dejado en las manos de las mujeres pero, en el caso de la sexualidad, éstas tienen poco poder para exigir el uso del condón. De ahí que una campaña de prevención que ignore un análisis de las diferencias de poder fracasará en cumplir su cometido.

Las posiciones distintas de los discursos no solo originan contradicciones, sino que también resistencias. Las resistencias son la adquisición de valores, creencias y comportamientos contrarios a los establecidos.

Bajo esta perspectiva, el uso del condón, y otros anticonceptivos artificiales, pueden ser analizados como resistencias a los discursos que promueve la Iglesia Católica. Y aunque en ocasiones las resistencias pueden beneficiar la salud reproductiva de la población, también la pueden perjudicar. Tal es el caso de las relaciones sexuales que se practican en lugares públicos de sexo anónimo. La premura por el placer que se deriva de la relación hace que no se tomen las precauciones necesarias para evitar el contagio. También, las prácticas sexuales en sitios baldíos tiene un efecto similar.

Los discursos también producen otro efecto igualmente importante que los anteriores: la compartimentalización. Vivir una sexualidad compartimentalizada es mantener pensamientos o sentimientos opuestos que promueven comportamientos sexuales diferentes en situaciones distintas.

Cuando los discursos crean contradicciones entre sí y las personas no tienen la capacidad o el suficiente poder como para resolverlas, la compartimentalización es una estrategia de sobrevivencia. Esta consiste en dejar que opiniones, deseos, prácticas y conductas distintas convivan en una misma persona y que se expresen en lugares o situaciones distintas. Un joven, por ejemplo, que ha asimilado las prohibiciones religiosas contra el deseo, podrá ser una persona en la Iglesia y otra diferente en un paseo de amigos. No es de extrañar que los jóvenes desarrollen diferentes conductas dependiendo de la situación en que se encuentren: una más conquistadora y expresiva de lo sexual cuando se encuentra con amigos(as) lejos de su casa y sin la vigilancia de adultos y otra más tranquila cuando está compartiendo una fiesta familiar o cuando oran en la misa del domingo.

El que existan compartimentalizaciones hace que las mismas campañas de prevención deban apuntar a distintos espacios y mensajes. Los mensajes preventivos deben estar en los lugares en que la sexualidad se practica y no solo en la escuela o en el hogar o la Iglesia.

Poder y saber se articulan en los discursos

Existe una compleja relación entre el saber y el conocimiento de los discursos y el poder que se ejerce por medio de ellos. Para Foucault, el poder no es poseído sino ejercido (Vance, 1991). Aunque los discursos establecen relaciones de poder, nadie tiene el control absoluto, ni ninguno está del todo desprovisto de éste. Existen personas y grupos que se benefician más que otros del ejercicio del poder y de la promoción de un discurso. Sin embargo, el poder se traslada hacia los eslabones más pequeños e individuales de la sociedad. El hermano que reprime a su hermana por jugar con carritos, en vez de hacerlo con muñecas, es una muestra de los ejercicios de poder a nivel de microestructura.

Los discursos ejercen una enorme influencia en nuestras vidas precisamente porque se entretajan en relaciones de poder que vienen desde abajo. Esto no significa que el poder no se ejerza desde “arriba”. Los “expertos” en los campos de la medicina o de la psiquiatría también ejercen un poder considerable al “adquirir” los conocimientos de su disciplina y establecer las normas de regulación sexual. Pero para hacerlo, necesitan de las estructuras de poder establecidas en nuestros mismos hogares y nuestras mismas cabezas.

Los discursos ejercen su poder porque son productivos. Si éstos se limitaran únicamente a reprimir, no tendrían el gran poder que ejercen. ¿Para qué continuar obedeciendo un discurso eminentemente represivo? Los discursos más bien recurren poco a la fuerza para su implantación. La necesidad de recurrir a ella es más bien una señal de falta de poder. Su gran imán es la capacidad productiva que despliegan. Ellos estimulan para que la gente produzca riquezas materiales, artísticas y espirituales. Con solo echar una mirada a la creación artística cristiana podemos evidenciar un ejemplo de su creatividad. Lo mismo podríamos decir de la creación romántica o de la venta de perfumes y artificios para hacer que la gente sea más “atractiva” y “romántica”.

El mecanismo principal del ejercicio de poder de los discursos es la disciplina. Como arguye Foucault, el poder disciplinario incrementa el poder de los individuos para crear y producir cosas pero lo convierte, al mismo tiempo, en cuerpos dóciles (Foucault, 1991). En nuestras sociedades modernas, el poder disciplinario de las fuerzas armadas se ha esparcido por todas las áreas de nuestras vidas y ha traído consigo las técnicas de vigilancia, supervisión, interrogatorios y exámenes que facilita el proceso de obtener información de cada uno.

La confesión de la iglesia cristiana es uno de los mecanismos por los que los discursos ejercen su gran poder de normalización: arranca los pensamientos más íntimos de las personas y al mismo tiempo, castiga y vigila. Esta confesión ha sido adoptada por otras instituciones como la escuela, con sus exámenes, o la psiquiatría, con su terapia. Unos individuos, los expertos, adquieren gran poder por medio de los conocimientos que obtienen de los demás y al mismo tiempo, establecen las normas para estimular que los individuos acudan a ellos para ser examinados.

Las prácticas disciplinarias son las que dividen a la población entre los sanos y los enfermos, los normales y los desviados, el hombre de ley y el criminal, la mujer honesta y la prostituta, el heterosexual y el homosexual. Estas divisiones son las que permiten a unos continuar con sus formas de saber y de ejercer control y poder.

Cómo emergen los discursos sobre el sexo

Los discursos sobre el sexo no han cesado de proliferar desde el siglo XVIII. No obstante, sería un error ver en esa proliferación de los discursos un simple fenómeno cuantitativo, como si fuera indiferente lo que dicen tales discursos (Foucault, 1991).

De acuerdo con Foucault, en el siglo XVIII, una de las grandes novedades en las técnicas del poder fue el surgimiento, como problema económico y político, la población: población-riqueza, población-mano de obra, población-recursos. Los gobiernos ya no tenían que enfrentarse con individuos, ni siquiera con un pueblo, sino con una población y sus problemas específicos ligados con la reproducción humana: natalidad, mortalidad, crecimiento demográfico, morbilidad, formas de alimentación y de vivienda, entre otras (Foucault, 1991).

En el corazón de este problema económico y político de la población, estaba el sexo: debía conocerse la tasa de natalidad, la edad del matrimonio, los nacimientos legítimos e ilegítimos, la precocidad y la frecuencia de las relaciones sexuales, la manera de tornarlas fecundas o estériles, el efecto del celibato o de las prohibiciones, la incidencia de las prácticas anticonceptivas. El problema de la población se ligó a la manera en que cada cual hace uso de su sexualidad. La conducta sexual de la población se convirtió en objeto de análisis y a la vez, blanco de intervención. Por medio de la economía política de la población se formó toda una red de observaciones sobre el sexo. Nace así el análisis de las conductas sexuales, de sus determinaciones y efectos. También aparecen esas campañas sistemáticas que, más allá de los medios tradicionales -exhortaciones morales y religiosas, medidas fiscales- tratan de convertir el comportamiento sexual de las parejas en una conducta económica y política concertada (orientada a la conveniencia del Estado). Nace un nuevo régimen de discursos. Se dicen las cosas de otro modo, otras personas son quienes lo dicen, a partir de otros puntos de vista y para obtener otros efectos. Los poseedores de una parte de la autoridad están en estado de alerta perpetua, reavivando sin descanso por las disposiciones, las precauciones y el juego de los castigos y responsabilidades (Foucault, 1991).

A partir de esa época la sexualidad de los niños y de los jóvenes se tornó en objeto de investigación. Numerosos tratados se escribieron sobre la masturbación infantil y sus repercusiones. La medicina empezó a investigar sobre las "enfermedades de los nervios"; luego la psiquiatría lo haría con una nueva categoría: las perversiones sexuales. También la justicia penal incorporó el nuevo concepto de los crímenes sexuales. Con cada nueva categoría que se creaba, se articulaban nuevas relaciones de poder. Se emprendió la tarea de descubrir, señalar, recluir y encerrar a los individuos vinculados con las nuevas categorías. Se empezó a prevenir, señalando peligros por todas partes, llamando la atención, exigiendo diagnósticos, amontonando informes, organizando terapias y solicitando "historias de vidas":

Irradiación de discursos alrededor del sexo, intensificando la consciencia de un peligro incensante que a su vez reactivaba la incitación a hablar de él. Así se estableció la policía del sexo: es decir, no el rigor de una prohibición, sino la necesidad de reglamentar el sexo mediante discursos útiles y públicos que establecían lo permitido o censurado, lo aceptado o rechazado. (Foucault, 1986: p. 45).

Mecanismos de difusión de los discursos sexuales

Para conocer los mecanismos de institucionalización de los discursos del sexo en una sociedad se debe corroborar qué se habla del sexo, quiénes lo hacen, los lugares y puntos de vista desde dónde se habla, las instituciones que a tal cosa incitan y que almacenan y difunden lo que se dice. De ahí también el hecho de que el punto importante será saber en qué formas, a través de qué canales y con qué discursos llega el poder hasta las conductas más tenues y más individuales, y qué caminos le permiten alcanzar las transformaciones del comportamiento sexual.

Foucault afirma que lo que más distingue nuestros tres últimos siglos es la variedad, la amplia dispersión de los aparatos inventados para hacer hablar del sexo, para obtener que él hable por sí mismo, para escuchar, registrar, transcribir y redistribuir lo que se dice. Alrededor del sexo, toda una trama de discursos variados, específicos y coercitivos (Foucault, 1991).

Para Foucault, existen distintos “dispositivos” del poder, que son los mecanismos por los que éste se ejerce (Foucault, 1991). Se trata de toda una multiplicidad de discursos producidos por toda una serie de aparatos que incitan, extraen, arreglan e institucionalizan los discursos del sexo con mecanismos propios y que funcionan en tres instancias: cultural, interpersonal e intra psíquico.

El Estado juega un papel crucial, ya que utiliza a la economía, la política, la educación, la medicina y la justicia como mecanismos para institucionalizar los discursos sexuales. Otro aparato importante es la Iglesia, la que utiliza a sus ministros y feligreses como agentes reproductores de sus discursos. Igual rol juegan los medios masivos de comunicación. Estos también operan conjuntamente.

En el plano interpersonal, la familia como aparato regulador de los discursos dicta a sus miembros las directrices que deben respetarse en el campo de la sexualidad. Y en la "calle", aparecen mecanismos que se presentan en forma de grupos de amigos, organizaciones o establecimientos comerciales.

Sin embargo, el mecanismo principal del discurso para ejercer su poder es intra psíquico. Las personas aprenden las reglas del juego de los discursos por medio de lo que Foucault llamó el poder disciplinario, o sea el que se ejerce sobre los cuerpos y las almas de los individuos por su propia voluntad. Por la disciplina las personas aprenden a dominar sus deseos y a fiscalizar sus propias resistencias. Ellos mismos son los que reproducen y ejercen el poder de los discursos (Foucault, 1986).

Aunque no podemos negar que existen sectores estatales y sociales de gran poder de difusión de los discursos, nuestro interés, igual que el de Foucault, es analizar el poder desde abajo hacia arriba. Estudiando cómo los jóvenes aprenden los discursos y cómo ellos mismos los internalizan y participan del ejercicio del poder, nos permite aprehender cómo las relaciones de poder a nivel micro en la sociedad hacen posible la dominación global, tal como lo son la opresión de clase y de género:

"... que el poder de abajo; es decir, que no hay, en el principio de las relaciones de poder, y

como matriz general, una oposición binaria y global entre dominadores y dominados, reflejándose esa dualidad de arriba abajo y en grupos cada vez más restringidos, hasta las profundidades del cuerpo social. Más bien hay que suponer que las relaciones de fuerza múltiples que se forman actúan en los aparatos de producción, las familias, los grupos restringidos y las instituciones, sirven de soporte a amplios efectos de escisión que recorren el conjunto del cuerpo social. Éstos forman entonces una línea de fuerza general que atraviesa los enfrentamientos locales y los vincula; de rechazo, por supuesto, estos últimos proceden sobre aquéllos a redistribuciones, alineamientos, homogeneizaciones, arreglos, serie, establecimientos de convergencia. Las grandes dominaciones son los efectos hegemónicos sostenidos continuamente por la intensidad de todos esos enfrentamientos" (Foucault, 1986: p.114).

El aprendizaje de los discursos

Se concibe que el proceso por el que se aprendan los discursos es un proceso de retroalimentación: los discursos fomentan una cultura sexual y ésta, a su vez, recrea los discursos sobre el sexo. De esta manera, la cultura construye sexualidades que reflejan su estructura de pensamiento y los pensamientos reflejan la cultura en que se construyen.

En este proceso, los actores que promueven los discursos (principalmente la familia, durante la infancia) imponen su visión de la sexualidad por diferentes medios: la repetición de los mensajes, la aceptación de actos de fe, el proselitismo y las tesis esencialistas y dualistas. Otras formas son más coercitivas como la manipulación emocional, el abandono, la censura, el encierro, el exilio y la violencia, hasta llegar a formas más sutiles de control como lo es la autocensura y su factor coadyuvante: la confesión.

Foucault afirma que "la confesión fue y sigue siendo la matriz general que rige la producción del discurso verídico sobre el sexo. Ha sido, no obstante, considerablemente transformada. Durante mucho tiempo permaneció en la práctica de la penitencia. Pero poco a poco, después del protestantismo, la Contrareforma, la pedagogía del siglo XVII y la medicina del XIX, perdió su ubicación ritual y exclusiva. Esta se difundió y fue utilizada en toda un serie de relaciones: niños y padres, alumnos y pedagogos, enfermos y psiquiatras, delincuentes y expertos. Las formas de ejecutarlo también se difundieron: interrogatorios, consultas y relatos autobiográficos" (Foucault, 1991).

Por otra parte, los actores que promueven los discursos hacen que se construya una realidad con base en esta información y los discursos también se aprenden por representaciones simbólicas, como lo es el espacio físico. Es evidente, por ejemplo, que tanto en el espacio social como en el corazón de muchos hogares existe un único lugar de sexualidad reconocida: la alcoba de los padres. Las sexualidades "ilegítimas" buscarán otros espacios físicos donde desarrollarse. De ésta manera, se llega a tener una intolerante familiaridad con lo ilícito. También, se crea así una dicotomía en el deseo sexual entre lo cotidiano, lo de todos los días en la alcoba, y lo excitante, que se encuentra en la marginalidad.

El aprendizaje de los discursos se da, entonces, por dos mecanismos fundamentales: la construcción de la cultura sexual que refleje el discurso y la organización de las conciencias, de manera que sean compatibles con los discursos. La administración de la conciencia se convierte entonces en el mecanismo idóneo para dar a conocer los discursos.

Los mecanismos de imposición de los discursos

Enterarse de los discursos sobre el sexo no garantiza un comportamiento específico. Y para aprenderlos y practicarlos deben "anclarse" en cada individuo utilizando diversos mecanismos. Esto es, internalizar los discursos. Aunque los mecanismos pueden ser múltiples, se especifican a continuación algunos que se consideran importantes.

Una forma es por medio de la represión. Este es un proceso desarrollado a fin de evitar ciertos pensamientos (el placer en las prácticas sexuales, por ejemplo) o recuerdos (atracciones homosexuales). La mente ejerce así una fiscalización sobre todo lo que trate de desviarse de los discursos predominantes.

Otra forma es por el miedo: una reacción fisiológica del cuerpo ante cualquier peligro inminente. Tiene una serie de reacciones físicas que hacen surgir la adrenalina para iniciar el escape y luego las endorfinas para tranquilizar la mente y poder tomar las acciones de sobrevivencia. En el campo de la sexualidad, esta reacción física natural se asocia con prácticas o pensamientos para que los niños sientan un miedo "natural" hacia ellos. De esta forma, la sexualidad y sus manifestaciones queda vinculada a la sobrevivencia misma, como si algunos pensamientos o actos tienen la fuerza de destruirnos.

La vergüenza, por su parte, es una reacción emocional excitada por la realización de una falta o impropiedad, por haber actuado de manera indigna, o especialmente por haber expuesto impropriamente el cuerpo. En la sexualidad muchos aspectos se vinculan con este mecanismo. El cuerpo se convierte en una zona dividida, en que ciertos órganos no se deben exhibir y nos "avergonzamos" de que otros los miren. Se considera que el deseo es algo tan privado y prohibido, que quien lo exterioriza debe sentir el mismo malestar de quien ha expuesto públicamente sus órganos genitales. También da vergüenza hablar del sexo. Es quizás este una de las razones principales del por qué no surgen más resistencias a los discursos.

Por su parte, la culpa es otro mecanismo asociado con la sexualidad. Es el sentimiento de que hemos cometido una mala acción y que merecemos castigo por ella. Cuando aprendemos a sentir culpa por nuestra sexualidad, nos convertimos en nuestros propios jueces. La culpa anuncia lo que debe y lo que no debe hacer, el pecado que no se debe cometer porque de lo contrario será castigado por el padre, la madre, el maestro, la sociedad o Dios. Una vez internalizado un discurso sobre el sexo, la culpa actúa como policía para que se respete. En caso contrario, la culpa funciona como juez y verdugo. Aunque hoy día, por ejemplo, es más aceptada la mujer que sin ser virgen contraiga matrimonio, lo cierto es que la culpa y la vergüenza que sienten por admitirlo hacen de su experiencia un calvario para muchas.

Del asco se puede decir que se produce automáticamente tan pronto como algo que es repulsivo alcanza el aparato digestivo. El primer juicio negativo es "esto no es comible", lo que significa "tengo que escupirlo". Una vez fortalecido este reflejo para sus propios fines lo convierte en una defensa, primeramente en una expresión de negación y más tarde en una defensa contra aspectos sexuales, especialmente de carácter oral y anal. Esto constituye una vez más una señal: "si no renuncias a esta exigencia, tendrás que escupir y vomitar".

Obsérvese entonces que otra manera de internalizar los discursos es tomando reacciones fisiológicas naturales y asociarlas con categorías culturales, para que lo cultural parezca natural y biológico. Así, las prácticas sexuales que no calzan con las normativas de los discursos, son lentamente asociadas con reacciones físicas como el asco. El ejemplo más sencillo de esto es el sexo oral al que muchas personas se les ha enseñado a sentir asco.

Contradicciones de los discursos

Donde se ejerce el poder existe la posibilidad de dominar, de obtener obediencia, de compeler acciones. De acuerdo con Foucault, las relaciones de poder solo se establecen en los casos en que existe resistencia (Foucault, 1991: p.117). En otras palabras, las relaciones de poder solo se forman en los casos en que existe conflicto, en donde un individuo o grupo desea afectar la conducta de otro individuo o grupo. Una forma de resistir es por medio de la promoción de discursos alternativos, con premisas distintas u opuestas y que contradigan los discursos dominantes.

Las contradicciones establecen una relación entre dos proposiciones discursivas de manera que si una se admite como verdadera la otra es falsa o, de otra manera, dada una proposición, existe otra que es directamente opuesta.

Existen distintos tipos de contradicciones. Una de ellas es la que se suscita entre dos demandas opuestas de discursos distintos. La prohibición del sexo antes del matrimonio, por ejemplo, y la que incita a los jóvenes a tener relaciones sexuales. Otra es la que se da entre lo que se teoriza y lo que se practica. El que madres de zonas marginales, la mayoría solteras y sin pareja, pregonen a sus hijas que deben casarse vírgenes y por la Iglesia, es un caso de ésta. Existen contradicciones también entre las demandas y las posibilidades de alcanzarlas. En las zonas marginales, el ideal de formar un matrimonio estable y permanente -como lo demandan los discursos religiosos- es una demanda que no cuenta con los medios para cumplirla.

Optar por una u otra alternativa depende de los recursos de cada uno de los individuos que experimenten la contradicción. Un recurso importante es el psicológico, ya que personas con mayor autoestima, por ejemplo, tomarán decisiones más coherentes con su realidad. Otros recursos son sociales y económicos: las personas con mayores recursos tendrán mejores posibilidades de resolver sus conflictos.

Unas contradicciones se deducen directamente de los discursos. Los defensores de la planificación familiar promueven la idea de "tenga los hijos que pueda hacer felices". No obstante, la religión

cristiana dice lo contrario: se deben tener "los hijos que Dios mande".

Otras contradicciones se infieren de la realidad. A los hombres y mujeres jóvenes se les dice, por una parte, que no deben tener experiencia sexual hasta el matrimonio. Sin embargo, se sabe que la mayoría de los padres, principalmente varones, tuvieron sus primeras experiencias sexuales durante la juventud, antes de contraer matrimonio.

Algunas contradicciones surgen por las identidades que crean. El género incentiva relaciones asimétricas y contradictorias con respecto a las relaciones sexuales. A la mujer se le dice que debe conservar su virginidad hasta el matrimonio y a los varones se les incentiva a tener experiencias sexuales previas para enseñar a "la mujer" o simplemente para sentirse más hombres. La contradicción se produce cuando los novios le piden a su novia "una prueba de amor", que generalmente consiste en tener relaciones sexuales.

Otras aparecen por la escasez de recursos para cumplir con los discursos. Es de esperar que en los grupos más marginales, las gratificaciones sociales y económicas sean menores. El cuerpo y el placer que de él se deriva se convierten, por ello, en una de las pocas formas de gratificación. Esto incentiva comportamientos sexuales más precoces, aunque exista una profunda preocupación por el problema de las madres solteras, la infección con el VIH y otros padecimientos. Mientras tanto, en grupos con características socioeconómicas más favorables existen diversas fuentes de gratificación (universidad, trabajo, etc.) y por lo tanto, existan menos peligros de sufrir consecuencias negativas con la sexualidad.

Resistencias a los discursos

Las contradicciones originan resistencias. Las resistencias se hallan diseminadas, con mayor o menor densidad, en el tiempo y en el espacio. Su misión es contestar; el que enfrenta, contradice, cuestiona y desplaza temporalmente o en forma definitiva, los discursos establecidos. En el proceso, fomenta nuevas ideas, principios, nociones, mitos o simbolismos; enciende algunos puntos del cuerpo o ciertos momentos de la vida y promueve y establece determinados tipos de comportamiento sexual.

Así como la red de las relaciones de poder terminan construyendo un espeso tejido que atraviesa los aparatos y las instituciones, sin localizarse exactamente en ellos, así también la formación de las resistencias atraviesa las estratificaciones sociales y las unidades individuales. Y es sin duda la codificación estratégica de esos puntos de resistencia es lo que torna posible una revolución. (Foucault, 1991: p.115).

Existen muchas maneras en que las resistencias se pueden presentar.

Los argumentos racionales en contra de los discursos establecidos es una de ellas. "La mujer puede y debe trabajar al igual que los hombres", "la unión libre es como el matrimonio", "el amor romántico es un arma de doble filo" y "usar pastillas anticonceptivas me ayuda a espaciar mis hijos", son ejemplos de argumentos de resistencia.

Otra forma de resistencia racional es modificar los discursos. Aunque no se contradigan los preceptos generales, se cambia la interpretación de algunos de ellos. Esto es el caso de los jóvenes que no están de acuerdo con su religión cuando les dice que la sexualidad es eminentemente reproductiva. Otro ejemplo es el de las mujeres que no aceptan muchas de las premisas de los discursos del género.

Poniendo énfasis en unos preceptos sobre otros es una forma de resistir de manera racional. Los individuos cristianos que aceptan a los homosexuales, en vista de su preferencia por los pasajes bíblicos sobre la tolerancia, en lugar de los que condenan supuestamente las prácticas de sodomía, es un claro ejemplo.

Finalmente, la resistencia racional más evidente es la formulación de nuevos discursos. La gente puede formular nuevas religiones, nuevas filosofías de la vida y del sexo y nuevas concepciones del mundo y su significado.

También son formas de resistir las prácticas o actividades que no concuerdan con los discursos. Mujeres que seducen sexualmente a hombres, hombres que comparten la crianza y la educación de sus hijos, sacerdotes que recomiendan el uso de anticonceptivos artificiales, la aceptación de tener hijos(as) sin concebirlos en matrimonio y bailar solo o con personas de su mismo sexo, son algunos ejemplos.

Las propuestas de nuevas alternativas pueden ser interpretadas como resistencias. Algunos ejemplos son: los grupos de apoyo a las víctimas de agresión, los de víctimas de incesto, la fertilización "in vitro" y "las(os) amigas(os) con derecho" sexual sin compromiso posterior.

Una forma de resistencia son las actividades en los espacios de excepción. En muchas sociedades, los bares, los campos de deporte, los gimnasios, las discotecas, las zonas de turismo, las playas, pueden funcionar como zonas de prácticas no usuales. En los bares, por ejemplo, algunos hombres pueden abrazarse e incluso llorar y expresar sus frustraciones, es decir, expresar su resistencia por medio de "conductas más femeninas". En el fútbol, la celebración del gol permite que los compañeros de equipo toquen con su mano el glúteo del anotador para felicitarlo. Fuera del campo de juego ésto no es permitido y sería tildado de homosexualismo.

Transgredir el espacio físico es una forma de resistir. Individuos que tienen sus relaciones en lugares no "aceptables" como la playa, el colegio o la misma sala de su casa, demuestran un deseo de jugar con la geografía sexual. También el tiempo se puede usar como resistencia: al buscarse horas no tradicionales para la sexualidad o tener relaciones entre individuos de distintas edades. Existen también períodos de excepción. Es decir, tiempos de festividades (cumpleaños, aniversarios o simplemente festejos) en que se puede romper las reglas establecidas. La sexualidad que se vive en los carnavales es un buen ejemplo de este tipo de resistencia en que la sexualidad aflora de manera más intensa.

La existencia de minorías sexuales organizadas o no, visibles o invisibles, aceptadas o

discriminadas, establecidas o perseguidas, es otra forma de expresar resistencia. Los gays y las lesbianas, las trabajadoras y trabajadores del sexo, así como los travestis, son los representantes más fieles de la oposición a los discursos que privilegian la heterosexualidad monogámica.

La expresión sexual y el goce del cuerpo es también una resistencia en culturas que lo limitan y lo restringen. Individuos que optan por tener relaciones diferentes a las prescritas, que redefinen sus papeles en el sexo, que utilizan órganos o alternativas no tradicionales, rompen con lo establecido. También aquellos que varían las etapas sexuales de excitación-erección-eyaculación-orgasmo hacia nuevas formas en que las etapas no van una tras otra, o se rompe el esquema y tienen orgasmos sin penetración, o excitaciones sin orgasmos, representan una re interpretación de lo que deber ser la sexualidad.

Una forma adicional de resistencia puede darse por medio del rechazo de la sexualidad. Las mujeres y hombres frías(os) o las(os) que evitan ser objetos sexuales por medio de la gordura, su forma de vestir conservadora, la religión o el estudio, rehúsan participar en el mercado sexual.

En el caso de la fantasía sexual, los individuos pueden mostrar sus resistencia con su imaginación. Los pensamientos eróticos pueden evidenciar deseos de estar con otras personas, en otras formas, en distintas circunstancias que revelan disconformidad con lo establecido.

Las resistencias también pueden clasificarse como verbales o no verbales. Una resistencia no verbal importante es el silencio. No obstante, el silencio puede reflejar muchas cosas: falta de confianza, desacuerdo, resentimiento, enojo, rechazo, temor, indiferencia y resignación al poder de la familia, entre otras. Cualquiera que sea el sentimiento en escena, se expresa con falta de comunicación. Resulta importante, entonces, cerciorarse si existe incapacidad para expresar lo que piensa, si no se sabe la respuesta o si desea guardar el secreto de lo vivido o pensado.

Compartimentalización de los discursos

Las relaciones de poder que se promueven mediante la proliferación de los discursos, con sus contradicciones y resistencias, convierten la cultura sexual en una suma de partes inconexas y con rasgos aislados, disociados mutuamente. En algunas comunidades, los lugares como la escuela, el hogar y la Iglesia, reprimen la expresión del deseo sexual. En otros como la playa, el campo o la discoteca, la sexualidad tiene más licencia para expresarse. La diferencia entre el hogar y la calle establece una dicotomía en lo sexual: la alcoba y el libertinaje, es decir, lo lícito e ilícito, lo secreto y lo escandaloso y, en ocasiones, lo aburrido y lo excitante.

Por su parte, la mente se organiza para responder a la cultura y se produce una tendencia a mantener pensamientos o sentimientos opuestos o distintos que deberían estar relacionados: los pensamientos y sentimientos llegan a pertenecer a zonas mentales distintas. En otras palabras, se da una condición en la que un grupo de pensamientos o sentimientos que posee cierta unidad entre sí, pierde la mayor parte de sus relaciones con el resto de la personalidad y funciona más o menos independiente.

El dicho, "santo el domingo y pecador entre semana", ilustra el resultado de la

compartimentalización. Jóvenes que experimentan un placer diferente si tienen prácticas sexuales con una trabajadora del sexo que con su pareja habitual, estudiantes que acosan sexualmente a sus compañeras(os) en los paseos, pero promueven la solidaridad y el respeto durante las lecciones, hombres que se visten a escondidas con ropas de mujer, jóvenes que buscan relaciones sexuales fortuitas durante los fines de semana, mujeres "heterosexuales" que tienen experiencias sexuales con otras mujeres, hombres "heterosexuales" que tienen prácticas sexuales con otros hombres, jóvenes religiosos que disfrutan de la pornografía y jóvenes que hacen excepciones en el uso del condón con ciertas parejas, son algunos ejemplos de los resultados de la compartimentalización.

Estos "cortes" entre categorías, aunque se hagan de manera razonada, no se cuestionan, simplemente se viven. El origen de estos cortes viene desde la infancia. A los infantes, por ejemplo, no se les explica el por qué deben vestirse con diferentes colores o ropas, tampoco el por qué de un momento a otro se suspenden actividades que eran placenteras, como el contacto físico entre hombres o mujeres, o con el padre o la madre. A las niñas no se les explica sobre la regla y no les advierten de sus implicaciones y significados. La brusquedad de estos cortes facilita la creación de mentes compartimentalizadas. Los jóvenes aprenden a vivir con experiencias opuestas o con cambios que no tienen explicación.

La compartimentalización funciona como un intento para aliviar la tensión que padece el individuo al someterse a contradicciones que no puede resolver. Y quizá lo más importante, es que ayuda a que el sujeto evite la toma de conciencia de sus contradicciones internas.